

Carlos o las razones para las nuevas luchas

Lucas Maya Correa (Medellín, 1981)

Filósofo, lucas.maya@udea.edu.co

La guerra es el padre y el rey de todas las cosas.

Heráclito, 540-480 a. C.

Yo contradigo como jamás se ha contradicho y, a pesar de ello, soy la antítesis de un espíritu que dice no [...]; solo a partir de mí existen de nuevo esperanzas.

Friedrich Nietzsche, 1844-1900

Se trata de ser capaz de la guerra, de santificar ese dios interior y atender sus designios hasta el límite. [...]. El ser capaz es la prueba más extrema.

Carlos Enrique Restrepo Bermúdez, 1975-2016

1

Soñé con Carlos al poco tiempo después de su suicidio. Yo lo abrazaba porque no era capaz de hacer lo que me pedía: la *guerra*; él me lo permitía, pero no me devolvía el abrazo ni la mirada.

Carlos había sido mi profesor en el 2003, cuando ingresé al Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Ese era su primer año como docente vinculado y, en el segundo semestre, estuvo a cargo de Introducción a la Filosofía, que es —junto con Teoría del Conocimiento y Lógica— uno de los tres cursos que están al inicio del programa de formación de la Licenciatura y del pregrado en Filosofía; en ese momento, él tenía veintiocho años de edad, y yo; veintidós.

De acuerdo con la atractiva hipótesis de trabajo propuesta por Carlos para el curso, la filosofía está tan estrechamente relacionada con el origen y la transformación de ciertos *géneros literarios* —la poesía, el aforismo, el diálogo, el tratado, el ensayo— que sus límites y sus alcances teóricos y prácticos están asimismo determinados por los límites y los alcances estéticos, emocionales e intelectuales propios de cada género; en este sentido, el curso consistía en la lectura y discusión de una serie de textos que comenzaba con “Sobre la verdad”, el poema de Parménides, para concluir con una selección de ensayos y textos *liminares* de algunos filósofos contemporáneos como Nietzsche, Heidegger y Lyotard.

Pero la hipótesis de trabajo propuesta por Carlos no era lo único atractivo del curso: el *poder hipnótico* que él mismo tenía como orador hacía que sus clases fueran, además, un espectáculo solo comparable con el milagro único, fugaz e irrepetible que para mí representan las obras del Matacandelas; verlo y escucharlo *en persona* era como ver y escuchar —por aquella misma época— a Medea en la piel y en la voz de “la Chava” o —años más tarde— a Lucas de Ochoa en la piel y en la voz de Diego Sánchez; un símbolo enigmático, al mismo tiempo, oscuro y rutilante.

Durante el curso, Carlos había elogiado mis intervenciones en clase y mis escritos y, en una ocasión, me había pedido que leyera uno de ellos ante el grupo. Al terminar el semestre, yo le había entregado, como trabajo final, un texto escrito a modo de *tragicomedia* en el que dos adolescentes, en medio de una honguista, le venden el alma al Diablo para que los convierta en estrellas de *rock*; la noche en la que me lo había devuelto, me había dicho —mientras salíamos del salón— que el texto le había gustado mucho, tanto que lo había leído varias veces, solo por diversión, y —antes de despedirnos frente a la biblioteca— me había recomendado estudiar el concepto de *sombra* en Jung.

La afinidad entre Carlos y yo no se limitaba al plano intelectual: la experiencia común de haber trabajado, cada uno por su parte, en una fábrica de confecciones familiar —él como operario de



máquina, desde los trece años; y yo como operario manual, desde los diecinueve— pareció tener, para ambos, el efecto de un santo y seña.

Aun así, ante la fascinación que siempre he sentido por todo lo *subversivo* —y ese era, sin duda, el rasgo que más me atraía de Carlos—, yo no sabía reaccionar —entonces menos que ahora— de ningún otro modo más que huyendo, así que, en contra de lo que él seguramente esperaba y, sobre todo, en contra de lo que yo deseaba intensamente, jamás volví a matricular ninguno de sus cursos o seminarios —excepto en una ocasión, para cancelarlo de inmediato— ni a acercármele —excepto una última vez, para felicitarlo por su doctorado—.

Por esta razón, cuando el 29 de agosto de 2016 leí en internet la noticia de que el cuerpo de Carlos había sido encontrado en el Volador —donde llevaba tres días— y vi la fotografía de los agentes del C.T.I. descendiendo por una colina con el cadáver envuelto en una bolsa blanca sobre una camilla, yo llevaba, por lo menos, diez años alejado de él.

2

Recordé el sueño que había tenido con Carlos el día que, por primera vez, vi el retrato en acrílico que Edier Tálaga pintó de él en el costado oriental del Bloque 12, sobre el borde de la losa que asoma en el primer descanso de la escalera; fue el domingo 21 de agosto del año pasado.

Del 12 de marzo de 2021 al 20 de agosto de 2022 —y sin sospechar que, de esta manera, la historia de Carlos y la mía se habían vuelto a cruzar—, yo había estado viviendo en Playa Linda, una pequeña zona costera de la vereda San Sebastián de Urabá en el norte de Necoclí.

Mile, mi compañera desde hacía dos años, se había vinculado al Magisterio a finales de 2020 y había comenzado a trabajar como docente del colegio de la vereda en enero de 2021; nuestro sueño era, por supuesto, envejecer juntos frente al mar y crear —al igual que Flor Cortés y sus estudiantes de El Totumo— una corporación cultural con los niños y adolescentes del colegio.

Ocho meses después de nuestra llegada, y con la ayuda de Camilo Ritoré, director de la Asociación Pedazos de Nuestra Historia; Daniela Ruíz, coordinadora de un naciente Círculo de Mujeres en el colegio; y Jean Carlos, un estudiante del grado once, habíamos organizado una noche de cuentos, música y fogata en la playa.

El evento —al que asistieron un centenar de personas entre niños, jóvenes y adultos— se había realizado el 16 de octubre de 2021 en el lugar en el que Mile y yo solíamos meternos al mar, al frente de un hostel llamado El camping de Jairo.

Esa noche, nuestros mejores amigos —que habían ido a visitarnos— hicieron lecturas en voz alta; un filósofo rapero, profesor de Pueblo Nuevo —un alejado corregimiento al sureste de Necoclí— cantó; y el grupo de vallenato del colegio —recientemente reactivado por Mile con la ayuda del maestro Lázaro Llerena— hizo su debut.

Al final, la propietaria del camping, doña Gladis, y su hijo, Carlos Eduardo —un joven gastrónomo de veintiún años graduado en Argentina y que, de inmediato, me recordó a Carlos por su fisonomía, su voz, su actitud y su comportamiento—, habían dicho de mi fogata —cuya llama había alcanzado más de dos metros de altura y había permanecido encendida por más de dos horas— que era la más bella que habían visto en sus vidas.

Durante los siguientes diez meses, Mile y yo habíamos seguido yendo a la playa frente a El camping de Jairo casi todos los días a ver el atardecer, y Carlos Eduardo —a quien yo siempre llamaba por otros nombres—, según fuera la temporada de cosecha, se nos había acercado regularmente

para darnos a probar frutas que para nosotros eran desconocidas: la chirimoya, el mamey, el fruto del árbol del pan.

Justamente, el último atardecer que Mile y yo vimos juntos, el sábado 20 de agosto de 2022, cuando decidimos separarnos, Carlos Eduardo se nos había acercado con un racimo de bananos manzanos; esa misma noche, yo saldría para Medellín —después de haber probado la fruta más deliciosa que había probado en mi vida— sin saber muy bien qué razones me quedaban aún para seguir viviendo.

Fue por eso, creo, que al llegar a la terminal esa fría mañana de domingo del día siguiente, al único sitio de la ciudad al que se me ocurrió ir fue a la universidad. Caminé lentamente por los corredores solitarios mirando los grafitis y las pinturas sobre las paredes, los casilleros y las columnas.

Cuando llegué al Bloque 12, me dirigí hacia las escaleras del costado oriental y, al levantar la mirada, a mano izquierda, sobre el borde de la losa que asoma en el primer descanso, vi el retrato de Carlos. Reconocí su sonrisa, al mismo tiempo tierna, irónica y melancólica, y, como dije al principio, recordé el sueño que había tenido con él.

Con el recuerdo de ese sueño en mente, terminé de subir las escaleras hasta el segundo piso, pero, en vez de continuar hasta el tercero y, de ahí, hasta el cuarto —al del Instituto—, caminé por el corredor que conduce a la terraza de estudio.

Allí vi, por primera vez también, el mural en blanco y negro que varios profesores y estudiantes, por los mismos días que Tálaga, habían pintado de Carlos en el costado occidental del bloque.

“La vida, una gastadera de calzoncillos”, dice el mural en la parte superior, citando, más que al filósofo, al operario de máquina, de enresortadora; y, como si me hablase a mí directamente, en la parte inferior se lee: “Carlos E. Restrepo, 1975-2016, o hasta siempre... tú decides”.

3

—¿Por qué creía que no era capaz de *escribir*? —me preguntó hace pocos días Carlos Eduardo cuando le conté el sueño que había tenido con Carlos en el 2016 y la interpretación a la que, al cabo de siete años, había llegado.

No había vuelto a comunicarme con él desde ese último atardecer que Mile y yo vimos juntos en Playa Linda, cuando se nos acercó con el racimo de bananos manzanos, pero, entre tanto, había descubierto algo *sorprendente*: que Carlos —en compañía de Beatriz, Arturo y Caliche, amigos suyos desde su etapa como estudiante de la Licenciatura— había acampado en El Camping de Jairo en el 2002, del 23 al 29 de diciembre.

La anécdota me la había contado Beatriz misma —también hace poco, a finales del año pasado, cuando la conocí—, quien fue compañera de Carlos durante casi diez años —de 1994, cuando ambos ingresaron al Instituto, al 1 de mayo de 2003, un par de meses antes de que yo lo conociera a él—.

Por supuesto, lo que me había parecido más sorprendente de la anécdota no era la feliz casualidad de que, veinte años después, yo hubiera terminado viviendo en el mismo lugar en el que mi profesor de Introducción a la Filosofía habría acampado por seis días hasta que se habría devuelto solo para Medellín alegando —con razón— que el calor, la humedad, la arena, el jején, los zancudos, la lluvia y el barro le impedían *pensar*.

No, repito, no era esta feliz casualidad lo que me había parecido más sorprendente; tampoco lo era el hecho de que, en ese viaje a Playa Linda —su primer viaje al Urabá después de haber vivido de los seis a los trece años en Turbo, Currulao y otros municipios aledaños—, Carlos habría descubierto que el dueño del camping, Jairo Restrepo —para entonces todavía vivo y de unos cuarenta años de edad aproximadamente—, era su hermano medio, el primer hijo del primer matrimonio de Gerardo Restrepo, su padre.

Tampoco, pues, había sido este descubrimiento de Carlos con respecto a su familia lo que me había parecido más sorprendente de aquella anécdota —como sí debió haberle sucedido a él—; lo que me había parecido más sorprendente era, claro está, el resultado que, *para mí*, arrojaba la suma de estas dos casualidades: es decir, el *hecho* de que Carlos, o, más bien, lo que *él* simboliza en mi psique, no satisfecho con haber ascendido del Hades en forma de *sombra* para llamarme a la *guerra*, haya *(re)encarnado* en Carlos Eduardo para continuar *acosándome* ante mi *cobardía*.

—Y es que —le había dicho yo a Carlos Eduardo—, vos seguramente te diste cuenta de que yo siempre te llamaba por otros nombres... La verdad es que nunca era capaz de recordar cómo te llamabas; cuando Mile y yo hablábamos de vos, a ella siempre le tocaba corregirme; de los dos, yo era el que menos entendía por qué, hasta ahora.

Mientras me escuchaba, Carlos Eduardo había estado observando mi copia del *Manifiesto por la Universidad Nómada*¹ con la foto de Carlos y Ernesto Hernández en la contraportada; después, había pasado a hojear las *Lecturas del Simca 1000*, una fugaz serie de pasquines punkeros que circularon irregularmente por la universidad en 1999 y en cuyas portadas Beatriz retrató a Carlos *simbólicamente*: Carlos como un *deathmetalero* con *corpspaint* en el número del 1 de mayo, Carlos como el conde Orlock de *Nosferatu* en el número de julio y agosto, Carlos como el Brundlefly de *La mosca* en el número del 3 de septiembre.

—Ahora entiendo —había continuado yo— que estar *con vos* era como estar *en presencia* de Carlos: algo muy placentero por todo lo que aprendía sobre las frutas, por ejemplo, pero también muy inquietante por todo lo que él significa para mí: *el llamado a la guerra*, a aquello que, al mismo tiempo, más deseo y más temo...

Carlos Eduardo había cerrado las *Lecturas*, las había puesto sobre la mesa junto al *Manifiesto*, los *Tres ensayos de morir*² y el número 1 de *Euphorion* —dos proyectos más en los que Carlos había participado a principios del 2000—, había permanecido por un instante en silencio, mirándome fijamente, y, como veía que yo dudaba en continuar, había dicho:

—Que es...

Y yo había concluido:

—Escribir.

4

Los atardeceres en el Aeropuerto de la universidad pueden llegar a ser tan hermosos como los de Playa Linda, y la inmensidad que se presiente al borde de la cancha de fútbol, tan vertiginosa como la que se presiente a orillas del mar Caribe.

¹ Carlos Enrique Restrepo y Ernesto Hernández B., *Manifiesto por la Universidad Nómada* (Asoprudea, 2015).

² Arturo Restrepo, Luis Antonio Ramírez y Carlos Enrique Restrepo, *Porvenir y disolución. Tres ensayos de morir* (Asociación de Investigaciones Filosóficas Delfos, s.f.).

Aquí nació, en 1999 —según el primer número de las *Lecturas del Simca 1000*—, lo que, a finales de ese año, ya sería el *círculo interno* de la Asociación Delfos: Arturo Restrepo, Beatriz Hincapié, Luis Antonio Ramírez y Carlos:

Esta publicación de garaje, que no paga derechos de publicación ni reserva derechos de autor, tiene como precedente la realización del evento *Lecturas Filosóficas del Simca 1000*, lectura programada periódicamente por estudiantes del Instituto de Filosofía de la U. de A., y que tiene por escenario el Simca chocado que adorna los parqueaderos próximos a la Facultad de Artes de la citada universidad.

Aquí estaba cuando recibí la noticia de que “La medida del odio”, el texto que escribí justo después del día en que vi por primera vez el retrato que Tálaga pintó de Carlos, saldría publicado en la *Revista Universidad de Antioquia*.

Aquí estaba, también, cuando vi la convocatoria para el número siguiente, para este, para el de la conmemoración de los 220 años de la universidad.

Y aquí estaba, finalmente, cuando Luis Antonio me escribió:

Hola Lucas, encontré los dos últimos mensajes que me envió Carlos:

Ahí pa’ pasar el tedium vitae....

<https://www.youtube.com/watch?v=loCV9pC-X5U>

https://www.youtube.com/watch?v=can_Eu5fgcI

besos!!

C.

ah! Qué bien...!

Hoy dicté clase sin lío... Ayer dejé ambas pastillas, dormí poco pero reparador... Espero no tener que volverlas a tomar...

Trataré de seguir buscando el sueño natural...

Gracias mono por tu apoyo. Abrazos!!

C.

Ambos mensajes fueron del 13 de agosto de 2016.

Pienso en el Principito, que le pidió a la serpiente que lo mordiera; en Death y en Kurt Cobain, que se volaron la cabeza casi al mismo tiempo; en

Andrés Caicedo, que se emepó; en Sócrates, que se tomó la cicuta; en mi mamá, que se tiró al vacío; en Hécuba, que se tiró al mar; en Zenón, en Séneca y en Carlos, que se cortaron las venas; en Isao y en Mishima, que se abrieron el vientre.

Veo en estos suicidios lo que Bataille —que alguna vez fantaseó con ser decapitado— veía en el erotismo: una *afirmación de la vida hasta en la muerte*.³

En este momento —mientras escucho “Me mamá”—, pienso que de mí podría contarse la misma anécdota que —con el fin de demostrar el carácter tripartito del alma— Platón cuenta acerca de un tal Leoncio:

Leoncio, hijo de Aglayón, subía de El Pireo bajo la parte externa del muro boreal cuando percibió unos cadáveres que yacían junto al verdugo público.

³ Georges Bataille, *El erotismo* (Tusquets, 2010).

⁴ Platón, *República* (Gredos, 1998).

Clemencia Echeverri, Mina Marmato, 2017, facilitadas por el estudio de la artista, www.clemenciaecheverri.com

Experimentó el deseo de mirarlos, pero, a la vez, sintió una repugnancia que lo apartaba de allí y, durante unos momentos, se debatió interiormente y se cubrió el rostro. Finalmente, vencido por su deseo, con los ojos desmesuradamente abiertos, corrió hacia los cadáveres y gritó: “¡Mirad, malditos, satisfaceos con tan bello espectáculo!”⁴

El cuerpo en descomposición de Carlos ya no está más oculto para mí, su mirada ya no se me escapa. De las cuencas de sus ojos, de su boca y de sus cuatro heridas abiertas brotan ahora —entre *margaritas, una linda violeta, varios novios y un nomeolvides*— racimos de gusanos sanguinolentos y de moscas tornasoladas.

¡Restos! ¡Lo que queda! ¡Razones para las nuevas luchas! 🗿



Clemencia Echeverri, Mina abierta, 2017, facilitadas por el estudio de la artista, www.clemenciaecheverri.com



Clemencia Echeverri, Mina abierta, 2017, facilitadas por el estudio de la artista, www.clemenciaecheverri.com

